

## “DIOS CON NOSTROS” (Lc. 1,1-240)

En tiempos de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote, llamado Zacarías, del turno de Abías, casado con una mujer de la descendencia de Aarón, llamada Isabel. Ambos eran irreprochables ante Dios y seguían escrupulosamente todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran ya de edad avanzada.

Estaba un día Zacarías ejerciendo el servicio sacerdotal tal como correspondía por turno a su grupo. Según el rito sacerdotal, le tocó en suerte entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso. Todo el pueblo estaba orando fuera mientras se ofrecía el incienso. Y el ángel del Señor se le apareció, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se sobresaltó y se llenó de miedo. Pero el ángel le dijo:

-No temas, Zacarías, tu petición ha sido escuchada. Isabel, tu mujer, te dará un hijo al que pondrás por nombre Juan. Te llenarás de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento, porque será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor, quedará lleno del espíritu Santo desde el seno de su madre y convertirá a muchos hijos de Israel al Señor, su Dios. Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para reconciliar a los padres con sus hijos, para inculcar a los rebeldes la sabiduría de los justos, y para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.

Zacarías dijo al ángel:

-¿Cómo sabré que va a suceder así? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en años.

El ángel le contestó:  
-Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte esta buena noticia. Pero tú te quedarás mudo y no podrás hablar hasta que se verifiquen estas cosas, por no haber creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.

El pueblo, entre tanto, estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de que tardase tanto en salir del santuario. Cuando salió, no podía hablarles; y comprendieron que había tenido una visión en el santuario. El les hacía señas, porque se había quedado mudo. Cumplidos los días de su ministerio, marchó a su casa. Algún tiempo después, su mujer Isabel concibió, y no salió de casa durante cinco meses, Y decía:

-Al hacer esto conmigo, el Señor ha borrado mi vergüenza ante los hombres.

Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. En ángel entró donde estaba María y le dijo:

- Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaría tal saludo.

El ángel le dijo:

-No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. El será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

María dijo al ángel:

-¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

El ángel le contestó:  
-El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; porque para Dios nada hay imposible.

María dijo:

-Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.

Y el ángel la dejó.

Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del espíritu Santo, exclamó a grandes voces:

-Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque cuando oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

Entonces María dijo:

Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo, y es misericordioso siempre con aquellos que le honran.

Desplegó la fuerza de su brazo y dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada. Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros antepasados, en favor de Abrahán y de sus descendientes para siempre.

María estuvo con Isabel unos tres meses; después volvió a su casa.

Se le cumplió a Isabel el tiempo y dio a luz un hijo. Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor había mostrado su gran misericordia y se alegraron con ella. Al octavo día fueron a circuncidar al niño y querían llamarlo Zacarías, como su padres. Pero su madre dijo:

-No, se llamará Juan.

Le dijeron:

-No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre.

Se dirigieron entonces al padre y le preguntaron por señas cómo quería que se llamase. El pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre. Entonces, todos se llevaron una sorpresa. De pronto recuperó el habla y comenzó a bendecir a Dios. Todos sus vecinos se llenaron de temor, y en toda la montaña de Judea se comentaba lo sucedido. Cuando lo oían pensaban en su interior: “¿Qué va a ser este niño?”. Porque efectivamente el Señor estaba con él. Zacarías, su padre, se llenó del espíritu Santo y profetizó:

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,

porque ha visitado  
y redimido a su pueblo.  
Nos ha suscitado una fuerza salvadora  
en la familia de David su siervo,  
como lo había prometido desde antiguo  
por medio de sus santos profetas,  
para salvarnos de nuestros enemigos  
y del poder de todos los que nos odian.  
De este modo mostró el Señor  
su misericordia a nuestros antepasados  
y se acordó de su santa alianza,  
del juramento que hizo  
a nuestro antepasado Abarran,  
para concedernos  
que, libres de nuestros enemigos,  
podamos servirle sin temor,  
con santidad y justicia  
en su presencia toda nuestra vida.  
Y tú niño, serás llamado  
profeta del Altísimo,  
pues irás delante del Señor  
para preparar sus caminos,  
para anunciar a su pueblo la salvación,  
por medio del perdón de sus pecados.  
Por la misericordia entrañable  
de nuestro Dios,  
nos visitará en sol que nace de lo alto,  
para iluminar  
a los que están en tinieblas  
y en sombra de muerte,  
y para dirigir nuestros pasos  
hacia el camino de la paz.

El niño iba creciendo y se  
fortalecía en su interior. Y vivió en el  
desierto hasta el día de su manifestación a  
Israel.

En aquellos días apareció un decreto del  
Emperador Augusto ordenando que se  
empadronasen los habitantes del Imperio.  
Este censo fue el primero que se hizo

durante el mandato de Quirino, gobernador  
de Siria. Todos iban a inscribirse a su  
ciudad. También José, por ser de la estirpe y  
familia de David, subió desde Galilea,  
desde la ciudad de Nazaret, a Judea, a la  
ciudad de David que se llama Belén, para  
inscribirse con María, su esposa, que estaba  
encinta. Mientras estaban en Belén le llegó  
a María el tiempo del parto, y dio a luz a su  
hijo primogénito, lo envolvió en pañales y  
lo acostó en un pesebre, porque no había  
sitio para ellos en la posada.

Había en aquellos campos unos  
pastores que pasaban la noche al raso  
velando sus rebaños. Un ángel del Señor se  
les apareció, y la gloria del Señor los  
envolvió con su luz. Entonces les entró un  
gran miedo, pero el ángel les dijo:

-No temáis, pues os anuncio una  
gran alegría, que lo será también para todo  
el pueblo: Os ha nacido hoy, en la ciudad de  
David, un Salvador, que es el Mesías, el  
Señor. Esto servirá de señal: encontraréis un  
niño envuelto en pañales y acostado en un  
pesebre.

Y de repente se juntó al ángel una  
multitud del ejército celestial, que alababa a  
Dios diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas  
y en la tierra paz a los hombres que gozan  
de su amor!”.

Cuando los ángeles se marcharon  
al cielo, los pastores se decían unos a otros:  
-Vamos a Belén a ver eso que ha sucedido y  
que el Señor nos ha anunciado.

Fueron de prisa y encontraron a  
María, a José y al niño acostado en el  
pesebre. Al verlo, contaron lo que el ángel  
había dicho de este niño. Y cuantos  
escuchaban lo que decían los pastores, se  
quedaban admirados. María, por su parte,  
guardaba todos estos recuerdos y los

meditaba en su corazón. Los pastores se  
volvieron glorificando y alabando a Dios  
porque todo lo que habían visto y oído  
correspondía a cuanto les habían dicho.

A los ocho días, cuando lo  
circuncidaron, le pusieron el nombre de  
Jesús, como lo había llamado el ángel ya  
antes de la concepción.

Cuando se cumplieron los días de la  
purificación prescrita por la ley de Moisés,  
llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo  
al Señor, como prescribe la ley del Señor:  
Todo primogénito varón será consagrado al  
Señor. Ofrecieron también un sacrificio,  
como dice la ley del Señor: un par de  
tórtolas o dos pichones.

Había en Jerusalén un hombre  
llamado Simeón, hombre justo y piadoso,  
que esperaba el consuelo de Israel. El  
espíritu Santo estaba en él y le había  
revelado que no moriría antes de ver al  
Mesías enviado por el Señor. Vino, pues, al  
templo, movido por el Espíritu y, cuando  
sus padres entraban con el niño Jesús para  
cumplir lo que mandaba la ley, Simeón lo  
tomó en sus brazos y bendijo a Dios  
diciendo:

Ahora, Señor, según tu promesa,  
puedes dejar que tu siervo muera en paz.  
Mis ojos han visto a tu Salvador,  
a quien has presentado  
ante todos los pueblos,  
como luz para iluminar a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban admirados de  
las cosas que se decían de él. Simeón los  
bendijo y dijo a María, su madre:

-Mira, este niño va a ser motivo de que  
muchos caigan a se levanten en Israel. Será  
signo de contradicción, y a ti misma una  
espada te atravesará el corazón; así  
quedarán al descubierto las intenciones de  
todos.

Había también una profetisa, Ana, hija de  
Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya muy  
anciana. Había estado casada siete años,  
siendo aún muy joven; después había  
permanecido viuda hasta los ochenta y  
cuatro años. No se apartaba del templo,  
dando culto al Señor día y noche con  
ayunos y oraciones. Se presentó en aquel  
momento y se puso a dar gloria a Dios y a  
hablar del niño a todos los que esperaban la  
liberación de Jerusalén.

Cuando cumplieron todas las cosas  
prescritas por la ley del Señor, regresaron a  
Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño  
crecía y se fortalecía; estaba lleno de  
sabiduría, y gozaba del favor de Dios.